

[30]

Esta lucha es entre el Estado colombiano y nosotros*

Me llamo Juan Ramírez Dawkins. Yo nací como mi madre en Providencia, en 1944, y me crié aquí, en San Andrés. Aunque mis abuelos fueron protestantes bautistas, mi madre era católica. Mi papá había nacido en Cúcuta, vino con la policía a Providencia y ahí se quedó a vivir. En la casa fuimos seis hijos. Tengo tres hermanos y dos hermanas que viven en Estados Unidos. A mediados de los años cincuenta, yo me fui a la Escuela Normal de Antioquia, donde estuve cuatro años. Representé a ese departamento en eventos nacionales de basquetbol. En 1960, hice parte del seleccionado juvenil de Antioquia y participé en un campeonato nacional. En el año 95, dejé de ser el director técnico de la selección de la isla y trabajé unos cuatro años en el colegio Bolivariano. Luego me fui a la facultad de educación física de la Universidad del Valle y estuve en el deporte como 27 años, hasta llegar a la dirección de Coldeportes en 1974 en el archipiélago. El deporte lo combiné con la actividad pública. A finales de los años sesenta, formamos un movimiento que inicialmente se llamó Movimiento de la Juventud Progresista Liberal (MPL). El líder, Chavez Alfonso Forbes James, fue representante en el concejo intendencial y yo fui su suplente. En los setenta, me fui como asistente a estudiar un año en la universidad en Jamaica temas relacionados con la cultura y la literatura. Estudié mucho la revolución de Jamaica y sus líderes. Desde antes de mi viaje, yo ya trabajaba a nivel nacional con grupos que reflexionaban sobre los movimientos negros en Colombia. Con la nueva Constitución política colombiana surgió la ley 70 de 1993, que abre espacios para las comunidades negras

de todo el país, y se creó la Comisión Consultiva nacional y departamental. Aquí me eligieron como miembro de esa Comisión en 1995, y fui reelegido hasta el año 2003. De la misma manera, en 1996, fui seleccionado para asistir a la segunda sesión del grupo de trabajo de la subcomisión de derechos humanos de Naciones Unidas, sobre minorías étnicas, en Ginebra, Suiza, a la cual he seguido asistiendo hasta el día de hoy. Una vez termine mi labor en la Comisión Consultiva, no pienso dejar la lucha por la igualdad de los derechos civiles, pero espero aportar un poco más a la literatura. Porque desde joven me ha gustado la literatura. Tengo algunos poemas y unos quince cuentos cortos que voy a publicar este año.

La religión y la educación

En ese tiempo, entre bautistas y católicos existía una especie de sincretismo de principios y de prácticas, pero las distintas lenguas en las que se expresaban los líderes religiosos si eran distintas, e influían profundamente en la formación de uno. Las denominaciones protestantes se dirigían a la congregación en nuestra lengua materna, el inglés. El católico no; lo hacía en castellano. Los curas católicos sólo hablaban castellano, excepto uno, el padre Eusebio Howard. En esa época la vida estaba centrada en la religión.

En las islas, como en todos los pueblos de Colombia, muchos de los niños que terminaban la primaria se veían obligados, como primera opción, a trabajar. Pero mi abuela decidió darle a mi mamá la posibilidad de continuar estudiando, aunque para ello tenía que cambiar de colegio,

* Agradecemos la compañía en esta entrevista de Carmelo Pérez, líder comunal.

ya que no podía seguir pagando la educación privada. Pero eso planteaba una situación difícil.

En esa época, en Providencia había escuelas privadas de las iglesias, como también aquí en San Andrés. Cuando el Estado decidió dar educación pública, creó sus propias instituciones, y quedaron establecidos dos tipos de educación formal: la oficial y la privada. Pero, por no tener subsidio del Estado, la escuela privada de las iglesias resultaba muy cara. Y si un muchacho o una muchacha de confesión protestante quería asistir a la escuela pública, tenía que hacerse católico o católica. A los que se iban a ir para Estados Unidos no les importaba mucho el problema. Pero quienes se quedaban se veían enfrentados a una situación muy difícil, como le pasó a mi mamá.

Al terminar la primaria, mi mamá quería ir a la Normal de Santa Marta porque ella se ganó una de las becas para estudio. Pero siempre se necesitaba el apoyo de la familia. Mi abuelo era educador. En el contexto de la isla, era un hombre más bien rico, en el sentido de que tenía ganado, plantaciones de caña, naranjas y cosas parecidas. Pero no tenía plata. La gente de aquí tenía bienes pero era muy pobre en billetes, en contante y sonante. En Santa Marta les daban la matrícula y la alimentación, pero había que pagar el transporte, la vivienda, y todas las demás cosas. Por eso mi mamá no pudo viajar. Entonces se formó por su propia cuenta y se dedicó a enseñar.

Ella fundó una escuela privada acá en San Andrés, que funcionó hasta los años sesenta ó setenta. Pero nunca pudo oficializar su establecimiento porque el Estado quería que todo el mundo estudiara en las escuelas públicas. La campaña estatal fue tan fuerte que el mismo Estado nacionalizó las escuelas protestantes. ¡Imagínense! Cuando la idea es que haya instituciones privadas para que la gente pueda escoger libremente. La escuela Bautista desarrolló una campaña en contra de esa medida y logró que se le permitiera volver a tomar en sus manos la educación primaria.

En la época, las mujeres aprendían a coser, costura y crochet. Mi mamá hacía una belleza de crochet, de manteles y cosas domésticas. Tenía una pequeña industria y vendía sus bordados a las familias pudientes de acá, de la isla. Era la

vida de la época. La costura fue una forma de subsistir, a la par con el colegio. Aquí la gente hacía de todo, vendía chance, lavaba, planchaba.

Mi mamá pasó acá, en San Andrés, la mayor parte de su vida. Y, en una época, vivió también en Bogotá. La llevaron allá para que enseñara inglés a los hijos de los oficiales en la presidencia de la república. Y dio clases hasta a los mismos oficiales. Además, llegó a ser ama de llaves y administradora del edificio de Cudecom por mucho tiempo. Y ahí daba también clases de inglés a particulares. Le cuento otra cosa: a mi mamá le gustaba tanto la acción comunal que tenía como 25 certificaciones de reuniones realizadas en San Andrés y en otras partes del país, donde ella asistía a seminarios y cosas por el estilo. Trabajó muy fuerte en la acción comunal, porque creía en eso, creía en lo de las viviendas, y murió siendo presidente de una junta.

En 1989, yo tuve que abandonar el seleccionado de basquetbol porque ella entró en estado crítico. Estábamos disputando el campeonato nacional profesional en Bogotá y la preocupación no me permitía concentrarme. Entonces dejé el equipo y me fui para Providencia. Murió de cáncer y no permitió que le dieran morfina, porque supuestamente la Biblia lo prohíbe. Según mi hermana, se le podía ver la expresión de dolor en su rostro, pero ella decía: no, el Señor no me permite usar este tipo de drogas para el dolor. Y nunca permitió que la inyectaran. Mi mamá tenía una característica muy particular. Atendía a toda la gente como una especie de Madre Teresa de Calcuta. Así dijo el padre Taylor en su sepelio en Providencia, que ella era la Madre Teresa del departamento, porque socorría a los enfermos, a los desamparados, a todo el mundo.

Mi papá era de Cúcuta y llegó a la isla en los años treinta. Vino acá con un destacamento de agentes de policía, y más tarde fue inspector de policía en Providencia. Y allá se quedó. Tenía finca y caballos, y se adaptó al sistema de vida de la isla. Más tarde, por una enfermedad respiratoria, se tuvo que ir al hospital de Santa Clara, en Cartagena, y como el trayecto por el mar era muy tenaz, no pudo regresar a la isla. Entonces decidió volver a su ciudad de origen. El murió unos meses antes que mi mamá porque fue ella

quien me informó de su muerte. Ella me llamó y me pidió que viajara a Cúcuta. Pero eran como la cinco de la tarde, ya había salido el vuelo y la conexión con Cúcuta era difícil en esa época. Entonces no pude ir al entierro. Después fui a su tumba. Era un hombre muy sano, nunca fumó ni tomó trago. Llegó hasta los 85 años ¡Antes aguantó mucho con esa enfermedad respiratoria!

La infancia, una vida apacible en las islas

La vida de las islas en los años cuarenta y cincuenta, antes del puerto libre, era muy apacible, y la formación personal se orientaba por principios religiosos. Era muy escasa la actividad pero uno se divertía y enriquecía realizándola. Para la subsistencia, la pesca era fundamental. Nosotros, de niños, pescábamos en la bahía, recogíamos caracoles. Además, realizábamos actividades agrícolas.

Claro, también existían algunas formas de recreación. Ante todo, el deporte. En mi infancia solamente se practicaba el béisbol. A mí me gustaba verlo jugar y jugaba de vez en cuando como cualquier otro niño, pero no me atraía demasiado. Las otras actividades recreativas eran las carreras de caballos, las competencias veleras, el bolo a cielo abierto, además de los conciertos y las representaciones musicales. Los jóvenes de una generación anterior a la mía hacían competencias de guitarra, mandolina y dulzaina. Las mandolinas se construían aquí mismo, en el colegio Bolivariano.

Yo tuve otra opción. Un cura –me parece que se llamaba el padre José– trajo el escultismo. Esa actividad se desarrolló muy bien en Providencia, y más aún aquí, en San Andrés. Formar parte de un grupo de Boy Scout era toda una experiencia para nosotros. Yo ingresé al movimiento como lobato y terminé siendo jefe de los Scout en esta isla. El escultismo infunde una visión humanitaria: busca la cooperación, la solidaridad y el respeto por las personas y los principios. Hay que hacer una obra buena todos los días después del juramento. Yo estuve en el escultismo hasta los años sesenta.

Figura del basquetbol nacional

En los años cincuenta, jóvenes que habían ido a estudiar al interior del país, trajeron un nuevo

deporte: el basquetbol. Desde el primer momento me gustó porque tenía mucho movimiento. En el béisbol el *pitcher* y el *catcher* son los únicos protagonistas, excepto cuando hay un batazo, pero el basquetbol exige una actividad permanente de todos los jugadores. Entonces comencé a practicarlo. Inclusive jugábamos descalzos porque no se vendían tenis en San Andrés. Pero lo logramos aprenderlo rápidamente.

La gran mayoría de practicantes de ese deporte en la isla llegaron a hacer parte de la selección Colombia y jugaron internacionalmente. Como que teníamos la capacidad atlética necesaria, la coordinación y los movimientos adecuados. Por ahí en 1956, comenzamos a jugar de manera organizada, y ya en los sesenta, San Andrés participó por primera vez en un torneo nacional, y cuatro años después, como por muchos años más, ganó el campeonato.

Para ese entonces, yo no estaba ya en la isla. Me había ido a la Escuela Normal de Antioquia y representaba a ese departamento en eventos nacionales. En los cuatro años que estuve allá me fue muy bien. En Antioquia, cuando uno se esmera y tiene capacidad, obtiene respaldo. Cuando llegué a Medellín, me dije interiormente: voy a ser el mejor jugador de Antioquia. Me metí en el equipo de la Normal, y la Normal fue campeón. Entonces me preseleccionaron y representé a Antioquia en un evento nacional, categoría juvenil, en Cali, en 1960. Para mí ese fue un gran reto porque yo no había competido nunca antes de manera tan fuerte. En ese campeonato también participó San Andrés con su selección y me dio como “cosa” no estar representando a la isla. A mi regreso a Medellín me seleccionaron para el equipo de mayores que debía participar en los novenos juegos atléticos nacionales en Cartagena, que debían celebrarse ese mismo año. Pero me enteré que la gente de San Andrés había decidido competir también en esa categoría. ¿Qué hice? Pues le dije adiós a Antioquia y me vine y jugué por San Andrés.

Así, apenas cuatro años después de que se hubiera iniciado el juego en la isla en forma organizada, llegamos a ser campeones nacionales de basquetbol. A partir de ahí el basquetbol de San Andrés fue tal vez lo mejor que ha producido el país en ese deporte, hasta el año 1995, cuando

dejé de ser el director técnico de la selección de la isla. En todo ese periodo, participamos y ganamos muchos eventos nacionales. La gran mayoría de los muchachos del equipo de San Andrés integraron la selección Colombia por muchos años. Nuestro equipo fue de tanta calidad deportiva y humana que la compañía Singer nos patrocinó durante los años setenta y jugábamos ante las cámaras de televisión junto con otros tres equipos: el del Bogotá, el de Antioquia y el del Valle. Teníamos una programación televisada todos los sábados a las dos de la tarde en Bogotá. Era todo un espectáculo y duró casi dos años.

El educador y el entrenador deportivo

Yo trabajé unos cuatro años en el colegio Bolivariano. En la Normal me había preparado como profesor de primaria. Pero en el colegio hacían falta profesores de secundaria y un día me llamó el hermano Timoteo y me dijo: usted va a servirnos como pasante. Pasante quiere decir que va a enseñar en todos los cursos, cualquier materia. ¿Se arriesga? Y en esa época los normalistas nos arriesgábamos a todo. Entonces dije: pues, sí.

Primero tuve que enseñar biología. La biología es una materia, yo no diría difícil, sino muy extensa, pero es una materia bonita porque se trata de la formación del ser, de todo ese misterio del ser humano. Entonces ¿qué hice yo? Tenía unos amigos en Argentina y les dije: estoy de maestro y me pusieron esta tarea, mándenme todos los libros que puedan, y de Argentina me mandaron cualquier cantidad de libros de biología. Entonces, estuve enseñando biología como dos años, muy contento. También enseñaba un poco de gramática y de ciencias en la primaria. El gran reto fue que un día llegó el hermano Timoteo y me dijo: No tenemos profesor de historia. Y yo le dije: yo le colaboro, ¿para qué curso? Historia de cuarto. A mí me gustaba la historia de Colombia, sobre todo por las distintas facetas de la lucha por la liberación. Me puse a leer a Bolívar y a Santander, sus dos posiciones frente al manejo del Estado y su posible disputa (porque unos dicen que si la hubo y otros que no). Leí también mucho a Antonio Nariño y a Camilo Torres. Y me iba bien.

La parte que más me interesó fue el desarrollo de la evangelización de la Iglesia, desde el tiempo de

la colonia. Lo que más me interesó fue la Inquisición en México y en Colombia. Hasta que llegó el momento en que me tocó dar clase sobre la Inquisición y empecé a fustigar la Iglesia por esa práctica, no haciendo una crítica destructiva, sino mostrando cómo la religión debía tender un puente entre el pensamiento de los individuos y las prácticas o las creencias religiosas. Yo no estaba de acuerdo en que se hubiera condenado a las personas por no pensar igual que la iglesia; me indignaba especialmente la persecución de lo que ellos llamaron las 'brujas' y los 'brujos'. El problema es que no solamente había que explicarle a los alumnos el contenido de las clases, sino que era necesario consignarlo en un libro, firmarlo y entregarlo. Y, sin que yo lo supiera, el rector estaba en la ventana escuchándose. El rector me llamó y me dijo: usted está diciendo cosas de su propia religión que no son reales. Entonces le dije: sí, puede ser que no sean reales para ustedes, pero para la historia si lo son; son hechos que la comunidad y el pueblo y la congregación debe conocer y reconocer, y no esconder. Entonces me dijo: ¿y de dónde sacaste toda esa información? Le dije: pues de los libros, porque en uno de mis viajes a Cartagena yo fui a la casa de la Inquisición y saqué información. Entonces me suspendieron como por tres meses, en noviembre y diciembre, una época donde realmente yo necesitaba la plata.

Pero ya estaba muy metido en el deporte y me fui a la facultad de educación física de la Universidad del Valle, que traía profesores de afuera, del Brasil, de Rusia, de Estados Unidos. Así nos capacitaron y nos dieron el título de entrenador. Muy pocos en esa época pasaron el examen. Yo fui uno de los afortunados que pasaron ese examen de entrenador nacional. En adelante, podría dirigir seleccionados nacionales. Así, del colegio me fui al deporte y estuve como 27 años, hasta llegar a la dirección de Coldeportes en el archipiélago.

Para ser director técnico hay que estudiar mucho. Hay que conocer no solamente la filosofía y la psicología del grupo que se dirige; hay que estudiar también toda la parte fisiológica, biológica y anatómica. Hay que penetrar en la mente de la persona y ver qué está pensando, cuál es su vida privada y social. Antes del juego, durante la preparación, hay que hacerle a cada jugador un

seguimiento en todos sus aspectos: biológico, filosófico, físico, emocional. Y cada individuo es un mundo. Uno tiene que procurar que todo ese grupo piense igual, que tenga la misma motivación, una percepción igual, un solo objetivo. Es decir, tú te conviertes prácticamente en un arquitecto o en un ingeniero de personas. Si uno le da al deportista la formación adecuada, el es capaz de tomar las decisiones y crear los movimientos adecuados en el momento del juego. Y uno se pregunta: Dios mío ¿cómo hizo eso? Pero es que ya tiene una formación que le permite crear soluciones en fracciones de segundo.

De ahí se derivan, tal vez, nuestros pocos éxitos en el deporte. Teníamos un equipo fabuloso, con una gran motivación. La motivación es fundamental y depende mucho de los resultados del juego. Había jugadores que no tenían mucha habilidad atlética, pero los motivábamos de tal manera que cumplían su función, no como un robot, sino con un profundo sentido de la responsabilidad. Cuando el jugador fallaba –como ser humano todo el mundo tiene fallas en el juego– uno le decía: hiciste un buen trabajo. Si el deportista decía: no, estuve mal; yo le añadía: yo sé que si hubieras podido hacerlo mejor, lo hubieras hecho. Y esa manera de tratarlos me daba mucho resultado.

Además del basquetbol, el beisbol también era muy fuerte en San Andrés. A pesar de que no se habían ganado campeonatos nacionales, en la isla siempre había buenos partidos. El boxeo también tuvo aquí su época de gloria. Alcanzó un fuerte desarrollo, tanto entre los continentales como entre los nativos. Hubo muchos campeones, muchachos de Cartagena que se desarrollaron aquí mental, física y culturalmente.

Hoy sólo nos queda la nostalgia de aquellos tiempos. Ya no estamos en la cúspide, compitiendo y disputando títulos nacionales en las categorías de mayores, juveniles y de menores, como lo hacíamos antes. Todo se derrumbó por falta de orientación y de apoyo. En el pasado hubo instituciones descentralizadas, como Coldeportes, que le daban una orientación al deporte. Hoy ya no existe una estructura que lo maneje y la actividad deportiva no marcha hacia ningún objetivo. Actualmente, es el gobernador el que tiene que ver con la política deportiva, y tiene que haber

entendimiento entre el mandatario y el director deportivo para que las políticas funcionen. En años pasados hubo gobiernos que si apoyaron el deporte, pero eso se acabó de 1994 para acá.

Además, han faltado recursos. No ha existido una política financiera consistente. Todo depende de la voluntad del gobernante. Porque, a pesar de que el deporte tenía mucho apoyo del comercio, también requería del apoyo del Estado. Este no podía dejar todo en manos del sector privado pues es una obligación del Estado promover el deporte amateur. Los comerciantes ayudaron, pero parece que el gobierno tiró la toalla. Al principio, un porcentaje del precio de la tarjeta de turismo se destinaba al deporte y la cultura. Entonces el deporte tenía una situación económica estable. A través de la asamblea y del concejo intendencial nunca se pudo encontrar una fórmula para que el deporte fuese económicamente independiente de la decisión y voluntad del gobernante.

El poeta

El deporte, por ejemplo el basquetbol, es poesía porque es elasticidad, es creatividad. Tal vez por eso, otra de mis aficiones es la poesía. Claro que la vena poética tiene que ver con frecuencia con la formación familiar. Lo poco que he podido crear, se lo debo a mi abuela y a mi mamá. Por las tardes, ellas nos narraban historias, nos leían pasajes poéticos de la Biblia y de la literatura inglesa y norteamericana, y repetían versos que habían memorizado. Además, después de la faena diaria –recorriamos las islas desde Providencia hasta Santa Catalina, donde teníamos una finquita– y nos contaban los acontecimientos del día. Los cuentos de *Anancy* también juegan un papel fundamental en mi formación literaria.

En la escuela había centros literarios en la primaria y el bachillerato, y yo terminé haciendo parte de ellos. Allí fui varias veces presidente. No participé en ese tipo de centros solamente aquí, en la isla, sino también allá, en el interior del país. En Antioquia leí un poco al maestro Robledo y a escritores como Barba Jacob, Vargas Vila y otros. También leía literatura norteamericana. Uno de mis escritores preferidos fue James Baldwin y algunos poetas negros desconocidos.

Siempre escribía mis cosas y las tiraba por ahí. Una vez, en Armenia, después de un evento en el que ganamos el campeonato de basquetbol, unos amigos de Okley Forbes, un colega del centro de literatura, nos invitaron a un agasajo, y yo declamé espontáneamente dos poemas míos. Al final, una señora me preguntó: ¿Usted cuántas publicaciones tiene? No tengo ninguna, le dije. Debería usted publicar. Y me vine a San Andrés con Okley y le dije: voy a publicar un poemario. Y así comencé. Ahí tengo otros poemas que voy a publicar este año.

Últimamente, estoy leyendo cuentos de la tradición oral en el Banco de la República, vivencias, narraciones, eventos. Y tomo los personajes de las memorias y los pongo a actuar en cuentos cortos, y narro muchas cosas que tienen que ver con nuestras creencias, con una especie de chamanismo, como los cuentos de *doppies* y fantasmas. Ya tengo para publicar en este año unos quince cuentos cortos y uno sobre las carreras de caballos. Ya está listo. Alrededor de los dos minutos que duran las carreras de caballos suceden un mundo de cosas que yo quiero destacar. Para los niños puede resultar pedagógico que puedan leer y entender lo que sucede allí.

Activista político y dirigente de las negritudes

El deporte lo combiné con la actividad pública. En las islas, como en el resto del país, había una clase política de liberales y conservadores. Yo la comparo con las castas de la India, porque esa casta política no permitía el ingreso a los partidos de gente nueva, con inquietudes, con otras perspectivas, que quizás habían leído un poco.

En el país surgía por entonces el movimiento socialista y comunista. Y uno como joven estaba enterado de todas esas cosas y se interesaba por ellas. Entonces un grupo de nosotros dijo: Bueno, vamos a intentar romper el castillo de los jefes de la política en San Andrés, que eran gente como los May, liberales, o los Palacio, conservadores, o los Tovar, también conservadores. Entonces, a finales de los años sesenta, formamos un movimiento que inicialmente se llamó Movimiento de la Juventud Progresista Liberal (MPL). El MPL venía de la línea del MRL de López, y tenía

tendencias liberales pero también corrientes de izquierda, y eso nos costó mucha persecución. La persecución fue dura. Nos tildaban de comunistas. Repartíamos información con ideas socialistas y nos echaban el DAS. Por una época tuvimos que escondernos en Bogotá. Muchos de mis amigos tuvieron que emigrar de la isla por la persecución. En esa época, Thomas Taylor tuvo el coraje de dar a su hijo el nombre de Yuri Gagarin. ¿Y qué le pasó? Pues el trabajaba de almacenista, era muy competente, y lo echaron del trabajo. Decidió entonces irse a los Estados Unidos y nunca regresó. Nosotros, en realidad, no éramos comunistas. Más bien, se podría decir que éramos socialistas. Si el socialismo es el cambio a beneficio de la gente menos favorecida, entonces éramos socialistas. El partido liberal también decía que buscaba un cambio a favor de los más pobres pero no cumplía sus promesas, y por eso estamos así en el país: porque los partidos no han servido social, política, cultural ni económicamente al pueblo.

En el movimiento también había jóvenes de familias conservadoras y, para suavizar un poco las tensiones, dijimos: vamos a hacer un bipartidismo entre jóvenes conservadores y jóvenes de tendencia liberal social. Y logramos avanzar un poco. Había muchas personas en el movimiento. El líder, Chávez Alfonso Forbes James, fue representante en el concejo intendencial y yo fui su suplente. Y, en 1976, logramos que el presidente López nombrara como intendente a Zacarías Williams, que era del movimiento. Pero Zacarías me parece que volvió a las viejas prácticas políticas, dando participación en el poder al partido conservador y a algunas ramas del partido liberal. Entonces la gente perdió interés, porque pensaban que ese momento era determinante para que pudiéramos demostrar en todos los campos eficiencia ejecutiva y administrativa.

Estando en esas, un amigo de Bogotá me mostró en un periódico que había una posibilidad para ir a estudiar un año en la universidad en Jamaica y me fui como asistente a estudiar temas relacionados con la cultura, la literatura y esas cosas. Estuve por allá un año, y podría decir que estuve en el momento más rico de la isla.

Desde el comienzo estudié mucho la revolución de Jamaica y sus líderes. Me centré en Marcus

Garvey y su lucha de panafricanismo, fui aprendiendo muchas cosas sobre la creolización, la esclavitud, la colonización, la liberación y el pensamiento libertario de todo el pueblo. Porque en esa época todo el pueblo hablaba de eso: de las posibilidades de recuperar lo que la esclavitud había devastado, del reconocimiento esencial del hombre africano en América. Y había mucha poesía, conciertos, música. Era un momento muy positivo, y culturalmente muy rico. Jamaica continúa luchando contra la pobreza, política y culturalmente.

Desde antes de mi viaje a Jamaica, yo ya trabajaba a nivel nacional con unos grupos que reflexionaban sobre los movimientos negros en Colombia. Ustedes saben que en los años sesenta surgieron figuras como Martin Luther King, Malcom X, movimientos en África y otros líderes que comenzaron a luchar contra la colonización. La gente negra de Colombia fue tomando también conciencia de la situación en el país. Y, así, comenzamos a aprender sobre la lucha en Cartagena y en el Chocó frente a la esclavitud, y comenzaron a formarse grupos para luchar por la igualdad de los derechos civiles. En 1960, un grupo de muchachos chocoanos a los que yo era muy allegado, comenzó la lucha por los derechos del pueblo afrocolombiano. Con la nueva Constitución política colombiana surgió la ley 70 de 1993, que abre espacios para las comunidades negras de todo el país, y se creó la Comisión Consultiva Nacional. Aquí me eligieron como miembro de la Comisión en 1995, y fui reelegido como representante hasta el año 2003. Una vez termine mi labor en la Comisión, no pienso dejar la lucha por la igualdad de los derechos civiles, pero espero aportar un poco más a la literatura.

Afro anglo descendientes, indígenas o raizales

La legislación derivada de la nueva Constitución tiene elementos muy buenos, como lo que se refiere a la educación, lo que tiene que ver con el medio ambiente, con la consulta previa a la población antes de que el Estado tome decisiones que la afectan, con la titulación de tierras para la gente del Pacífico, pero no cubre toda la problemática de San Andrés. Es positiva para las comunidades negras del Pacífico, pero no consideró la

propiedad de la tierra para las comunidades del Atlántico. Si la ley determina que los territorios baldíos del Pacífico deben pasar a ser propiedad colectiva de las comunidades negras, otro tanto se debe hacer con los palenques en Cartagena. Usted sabe que los negros de Bolívar fueron dueños de los Montes de María, y que, incluso, antes de la independencia estaban negociando con el rey de España la formación de un Estado autónomo independiente. Otro tanto sucede en el Cauca. Y en el archipiélago.

Hay que señalar que, a raíz de las nuevas leyes, en el Chocó han surgido disputas entre indígenas y negros por el territorio. Hay fuertes tensiones en torno a la tierra. Hay poblaciones indígenas y negras que han convivido en la región durante siglos, como los emberás y las comunidades negras, cada uno ocupando su propio espacio. Pero con la creación de nuevos resguardos para los indígenas, éstos –no por su propia iniciativa, sino inducidos por otros– han pasado a exigir más de lo que ocupaban antes. Ustedes saben, por ejemplo, que el negro en el Chocó trabajaba desde la colonia en la minería y habita allí por más de 300 años. Ahora los indígenas quieren ocupar su territorio. La guerrilla y otras personas interesadas están tratando de poner en conflicto a las dos comunidades, lo que sería muy peligroso. Por fortuna, el conflicto no está aún tan claramente definido, y hay que tratar de evitarlo a toda costa porque sería lo peor para el país. Creo que ya se está buscando mantener la convivencia entre ambos grupos y que hay algunos acuerdos en ese sentido.

Por otra parte, en las islas tampoco ha pegado mucho la nueva legislación porque la gente que maneja las instituciones cree que la ley es para negros, y ellos no se consideran negros. Así de sencillo. Algunos reivindican sus raíces “british” pero pretenden ignorar las “afro”. Y eso es falta de información sobre nuestra procedencia. Refleja el eurocentrismo dominante, especialmente acá, en San Andrés. Esto se ve, por ejemplo, en mi programa de radio, donde tengo que explicar mucho sobre la música que pongo, porque una señora me llamó y me dijo que el reggae era música diabólica. Entonces tuve que decirle: no señora, eso no es así. Posiblemente lo que usted cante en la iglesia procede de esta música africana. Se

ve también en lo que me decía un amigo afro: ¿cómo es posible que todavía vengan blancos a predicarnos en la isla? Hasta hace poco en la iglesia protestante, especialmente en la iglesia de la Loma, solamente el blanco podía estar en el púlpito. Todo eso es falta de información y de educación. Una de nuestras campañas busca que la gente recupere su identidad cultural. Ya se han logrado cosas frente a eso y la gente está descubriendo su dimensión africana, que siempre ha Estado en ellos, indudablemente.

Recientemente, se ha reivindicado el carácter indígena de la población raizal, aunque existe todavía debate sobre la conveniencia del término indígena frente a la denominación raizal. En realidad, lo indígena tiene que ver mucho con las características socio culturales y territoriales de la comunidad raizal. Para Naciones Unidas, para las organizaciones indígenas del mundo y para académicos y expertos, el calificativo de indígena es plenamente aplicable a la comunidad nativa de San Andrés. La Organización Internacional del Trabajo (OIT), en su convención de 1986, me parece, estableció una legislación en relación a los grupos indígenas. Indígena, en este caso, no quiere decir indio, sino nativo. A un grupo como el nuestro se le califica de indígena siempre y cuando sea el primer ocupante de un territorio, es decir, que haya vivido en él desde antes de la creación de un Estado, de una república, y en la medida en que tenga su propia lengua y sus costumbres. Nosotros tenemos esas dos condiciones: fuimos los primeros que estuvimos acá antes de la formación de la república, y somos cultural y étnicamente distintos del resto del país.

El artículo 310 de la Constitución dice claramente que el Estado debe adoptar un estatuto especial para el grupo étnico. Nosotros estamos incluidos dentro de la ley 70, pero el Estado tampoco ha reconocido nuestra peculiaridad cultural. Nuestra lucha actual busca que el Estado la reconozca y expida una legislación de autonomía territorial, que permita la creación de un gobierno regional.

Estatuto raizal y problemas de tierras

Nosotros presentamos un proyecto de estatuto pero, desafortunadamente, ya perdió su razón de

ser. La discusión por parte del Estado fue muy pobre, incumplió sus obligaciones y compromisos, y no continuó trabajando sobre el estatuto. Ni siquiera apoyó el decreto para que la comisión siguiera construyendo a partir de allí. Yo creo que tenía temor o dudas sobre el asunto de la propiedad de la tierra.

El problema de la tierra es serio. En San Andrés, los nativos han venido siendo despojados poco a poco de sus propiedades. Ante este desplazamiento interno ocasionado por falta de una orientación clara del Estado frente a los derechos del grupo étnico nativo, nosotros pedíamos una legislación para que el nativo no perdiera más sus tierras. Fals Borda había hecho en la Constituyente una propuesta sobre propiedad familiar, por la cual la familia nativa nunca debía perder sus tierras; la propiedad pasaría de generación en generación. A partir de ahí, nosotros propusimos la creación de un banco de tierras. En nuestra propuesta, el continental podía vender su propiedad a otro continental residente, a un raizal o al banco de tierras, pero no podría venderla a un nuevo inmigrante ni a extranjeros. Los nativos sólo podían vender su tierra al banco de tierras o a otro raizal. Inclusive, la reforma también afectaba los intereses de algunos nativos, porque en una reforma teníamos que tocarnos a nosotros mismos también ¿no es cierto? Para la propiedad de los nativos fijábamos un tope porque hay algunos que poseen grandes propiedades. Quienes tuvieran una cierta cantidad de tierra no podían comprar más, y si sobrepasaban esa cantidad, debían deshacerse del excedente a favor del banco o de otros raizales. Esa era la propuesta. En el estatuto raizal no se proponía más nada. Pero ni el gobierno ni la gente de acá la entendieron.

Los que poseen tierra abundante no son solamente los Gallardo, como algunos creen. Nosotros hicimos un estudio y descubrimos que hay unos 15 nativos y unos 9 libaneses que tienen muchas más propiedades que ellos. Los terrenos de los Gallardo tienen además una característica: son propiedades abiertas por donde puede circular todo el mundo. La gente puede caminar por sus terrenos, recoger mangos. Las vacas pastan libremente. Pero hay dueños de grandes propiedades que las tienen cercadas o rodeadas de

bloques, y a las que la gente no puede entrar. Además, hay que tener en cuenta que los Gallardo no son una sola familia. Hay algunos Gallardo que no tienen nada que ver con ellos. Pero la acusación nace de intereses políticos.

En general, las propiedades de los nativos están abiertas todavía. Recorran la isla: el nativo no tiene propiedades cercadas. Nosotros hemos hecho campañas para mantener esa costumbre porque para nosotros sería un gran problema que, en una isla tan pequeña, haya personas con grandes extensiones de tierra por donde la gente no pueda pasar ni a recoger mangos. Nuestra política es mantener los linderos abiertos, excepto cuando la gente tenga ganado o algo así. Pero aquí no se van a desarrollar actividades intensas de ganadería.

El asunto de la sobre población

La sobre población proviene de la falta de dirección del Estado, porque si los administradores, tanto locales como del Estado central, hubieran tenido conciencia del problema y hubieran vigilado para que no se desarrollara, no estaríamos como estamos. Pero la mayor parte de la gente sólo piensa en el presente. El mañana no les importa. Sólo el hoy, hoy, hoy. No piensan en los que van a heredar este territorio.

Refiriéndonos sólo a los nativos, mis amigos y yo decíamos que, si en 1953 había cinco mil nativos en las tres islas y un territorio de 26 kilómetros cuadrados, hoy existen 27 mil nativos en la mitad de ese territorio, en 13 kilómetros cuadrados, y eso sin hablar de los continentales, que, a nuestro juicio, son como 50 o 60 mil. Si no existe una decisión y unas políticas fuertes del Estado ¿qué va a ocurrir aquí dentro de los próximos cuarenta años? Así no entrara ni una persona más ¿qué va a ocurrir? Yo no voy a estar aquí, pero puedo imaginarme lo que podría llegar a ser esto. Porque la sobre población trae consigo cualquier cantidad de problemas, como, por ejemplo, la drogadicción. Y todos esos brotes de violencia que últimamente se están viendo en la isla son parte de la drogadicción y de la falta de posibilidad de desarrollo individual y colectivo.

Ya no hay empleo en San Andrés. La gente comienza a robar. El que no tiene nada y ve que se

está muriendo su familia, ve algo por ahí y se lo roba. Esos son actos de supervivencia. Puede que la persona ni siquiera tenga tendencia a eso, pero la misma situación y la sociedad lo obligan. Todo eso: los robos, las matanzas, las persecuciones, los conflictos interétnicos, todo eso es debido a que no existe política social y a que no se hacen mayores esfuerzos por reducir la población. Eso es urgente. No podemos esperar 50 años. En 15 años más esto será un desastre. Partiendo de esa realidad tanto continentales como nativos deberíamos colaborar para reducir la población.

La carpita instalada a la entrada del puerto desde junio de 2001 cuando la toma del puerto, y en donde estamos día y noche, no la vamos a levantar hasta que terminen las negociaciones que se están desarrollando, pero de manera lenta. Pedimos, en primer lugar, reglamentar la legislación de la OCCRE con base en el artículo transitorio de la Constitución que le da facultades al presidente, por eso le solicitamos al gobierno que elevara la consulta al Consejo de Estado y lo está haciendo, mandó el proyecto de decreto para que nosotros lo revisáramos, y luego se devolvió a Bogotá el texto. Pedimos también el nombramiento del alto comisionado para ventilar el problema étnico, y el problema general de la isla entre los tres grupos, isleños, continentales y árabes. Algunos pensaban proponer a Fals Borda, o al ex rector de la Universidad Nacional, Guillermo Páramo, pero no nos atrevimos pues es del libre albedrío del presidente. Cuando se haya nombrado al comisionado se pondrán en marcha las cuatro mesas de trabajo con el gobierno, de las que participarán los nativos y los continentales residentes. Las mesas de trabajo deben acordar las fórmulas sobre los temas más importantes.

La autonomía y el autogobierno

La autonomía es necesaria para garantizar la supervivencia y los derechos del grupo étnico nativo que, habiendo sido ancestralmente los primeros y únicos ocupantes de un territorio, ya somos numéricamente inferiores. Esta es la única parte en el mundo donde una minoría nacional, habiendo sido la única población en su territorio, se ha convertido ya en minoría, debido a la situación geopolítica del departamento. Necesitamos la autonomía. La autonomía puede servir para

mejorar el estatus de la comunidad en general, pero, claro está, habría que tener personas con capacidad para administrar, que se ajusten a unas condiciones para ser gobernador. Es decir, el pueblo autónomo crearía esas instituciones y expediría esas normas para que la persona que va a gobernar tenga capacidad, honestidad y transparencia.

Aquí en las islas existe ya una cierta autonomía, porque la gente puede elegir al gobernante. Pero la descentralización no llegó hasta donde debería haber llegado, y el problema del endeudamiento y la corrupción la ahoga. San Andrés se ha endeudado como la mayoría de regiones del país. Lo han hecho para cubrir gastos de funcionamiento y muy pocas para invertir. Por ello quien debería responder ante los bancos con los que se endeudaron las regiones, es la nación. En nuestro caso, eso de la ley 550 solamente está sirviendo como de fiador, pero el departamento sería quien pagaría todo. Pero a San Andrés se le irían 20 años pagando esa deuda y viviendo desastres. Por eso nosotros estamos discutiendo esta deuda con el Estado central, a ver si nos la condonan.

También ha habido una corrupción tremenda pues la descentralización no ha generado, hasta ahora, procesos reales de manejo local de las finanzas. Claro que sólo se habla de la corrupción de los funcionarios, y la corrupción no es nunca de una sola persona. Tiene que ser entre dos como mínimo: el que da y el que recibe. Y los que ayudaron a corromper a nuestra gente en épocas pasadas fueron personas que manejaban grandes recursos económicos, traían mercancía de afuera y ofrecían a nativos y continentales cierta cantidad de dinero para que las mercancías pasaran sin necesidad de pagar todos los impuestos. Pero ya el puerto libre no es tan rentable como antes y ha habido mucha fuga de dineros.

La autonomía y el autogobierno no se deben limitar solamente a la elección del gobernador. Hay que reducir el poder del Estado central frente al manejo de nuestro territorio. ¿Por qué la estructura de justicia tiene que ser como la del interior, la de Cartagena o la de Bogotá? ¿Por qué no nos preparamos para afrontar, tanto intelectual como técnicamente, la posibilidad de que esas instituciones se rijan desde acá y no desde el interior del país? ¿Por qué la policía, por ejemplo, trae

muchachos desde el continente que llegan a un lugar donde no conocen ni una palabra de la lengua de acá y no se integra con gente nativa de la isla? Ya han comenzado a hacer algo de eso porque nosotros los hemos presionado para hacerlo, pero se podría avanzar mucho más. ¿Usted cree que es justo que, en un territorio tan limitado como éste, haya tanto espacio ocupado por los militares? Eso no tiene sentido.

Si logramos la autonomía territorial, el Estado central no podría decidir sobre las políticas que tienen que ver con la plataforma o la riqueza marina. Aquí mismo decidiríamos sobre las relaciones internacionales que afectan a nuestro territorio, concediendo los permisos que fueran necesarios para la pesca o para la explotación de nuestra riqueza, y explotando los recursos para la comunidad, para el pueblo, en vez de que lo hagan otros países como lo están haciendo. Tendríamos la posibilidad de tener relaciones mucho más amplias o de recibir ayudas económicas de otros países, cosa que ahora no podemos hacer porque no tenemos los instrumentos para hacerlo. Indudablemente, teniendo autonomía se podrían otorgar algunas concesiones, pero no de la manera como lo manejan actualmente los gobiernos.

Si nosotros tuviéramos mayor autonomía, la estructura sería distinta, porque se podría crear una sola fuerza de control del territorio. Y se manejaría mejor. Ese sería un modelo totalmente distinto al que tiene actualmente el Estado. ¿Por qué no se puede, dentro de los principios democráticos, tener un parlamento propio, con capacidad para crear leyes internas? La Reserva de la Biosfera apunta a ese control relacionado con el medio ambiente, no al desarrollo. Pero tampoco en el manejo del medio ambiente hay verdadera autonomía. La elección del director de Coralina depende mucho del centralismo, de los delegados, de los miembros que conforman la junta. Habría que cambiar también esa estructura.

Recientemente, tuvimos una discusión muy fuerte con el representante de la Contraloría de la nación en relación con los empleados que mandaron para acá hace algunos meses. Le dijimos que eso era falta de consideración con el pueblo que vive en San Andrés, tanto continentales como nativos. Es normal que si, según la ley, hacen un

concurso a nivel nacional para un puesto en las islas, los del continente ganen. ¿Cómo no van a ganar? Si usted pone a competir en un concurso abierto a un Estado que tiene 40 millones de habitantes y a la población de las islas, pues van a van a ganar los de allá. Eso es un juego. Así no se puede, no. La ley primera del 72, en uno de sus artículos, dice que la Contraloría debe elaborar un estatuto especial para el departamento. Pero no lo ha hecho. Nosotros decimos ¿por qué no regulan la ley y dicen que los concursos para cargos en las instituciones del Estado se hacen a nivel regional? Entonces iríamos en la vía de la autonomía. El Estado debería considerar la situación particular de San Andrés, la sobre población y el desempleo.

Reconocemos que la situación de San Andrés es especial, porque aquí hay por lo menos dos grupos étnicos distintos que ocupan un mismo territorio. Entonces habría que entrar en discusión con el Estado para definir cómo se debe entender la autonomía y quiénes deberían participar de ella. A mi modo de ver, los nacidos en la isla, hijos de continentales residentes, podrían participar tanto como los raizales en la vida de las islas, con igualdad de derechos, democráticamente. En el seno del grupo discutíamos si aquellos que llegaron en tal o tal época también tendrían derecho a participar. Por ejemplo, unos compañeros decían: trazamos una línea en 1960, otros decían otra fecha. Pero esas son discusiones internas. Al gobierno ya le hemos planteado nuestro modo de pensar en forma concreta, y desde hace mucho tiempo queremos sostener una reunión con continentales sobre ese tema. Yo estoy encargado de eso, pero debido a mis viajes no he podido coordinarlo. No nos oponemos a que, a un continental que está en un cargo público, lo reemplacen por otro continental. Pero si sacan a un funcionario del grupo raizal para meter a un continental, protestamos. Se ven muchos fenómenos sociales de esa naturaleza en la isla y eso no debe ocurrir de ninguna manera. La autonomía permitiría que la gente de aquí tuviera la posibilidad y el derecho de escoger a los funcionarios, y no que los funcionarios sean impuestos desde Bogotá por distintos motivos.

La autonomía es permitir que un pueblo, desde su perspectiva, tome sus propias decisiones y se

forje su propio destino y su desarrollo. Los intelectuales del país, los académicos, están pensando en la posibilidad de crear estados federales o provincias autónomas a partir de la ideología liberal y conservadora. Así se propuso en el Tolima a mediados del año. Esta es una nueva perspectiva, porque en Colombia, así como van las cosas parecería que no existe esa posibilidad. El centralismo es aún demasiado fuerte.

Las autonomías son viables. Hoy existen muchos tipos de autonomía en el mundo. Los expertos, los que tienen una visión más amplia frente a posibles conflictos entre grupos étnicos por la posesión de territorios en estados independientes, recomiendan la modalidad que han adoptado las provincias de España: autonomía regional y gobierno propio. Así están evolucionando las cosas en Europa, en Rusia, en Indonesia; todavía no tanto en América.

Lo que reclaman hoy muchas comunidades indígenas afrodescendientes, los *dalits* de la India, los aborigenes de Australia, los herederos de la colonización en África y en América, no es sólo protección sino participación efectiva en el gobierno de su territorio. Igualmente, reclaman planes de acción real del Estado que corrijan muy distintas situaciones negativas, como, en el caso de San Andrés, la pérdida de los valores culturales, del territorio y la expresión política del pueblo nativo, la discriminación racial y la segregación que ha sufrido por parte del Estado y de quienes tienen el manejo de la economía. Pero, en vez de fortalecer el grupo étnico, el Estado lo viene debilitando. Y eso para nosotros y para muchos académicos es una especie de etnocidio.

El movimiento raizal

Está formado por varios grupos y organizaciones. En él hay fundaciones y otras organizaciones. Inicialmente los pastores tuvieron mucha influencia pero actualmente es un movimiento civil para la conquista de los derechos civiles y políticos, económicos y culturales. Entre los voceros del movimiento estamos Edgardo Martínez, Juvencio Gallardo, Irmo Howard, yo mismo... Cada uno representa a una organización. Yo represento a los afro anglo en la Comisión Consultiva, y el pastor Howard al grupo Amen.

Nosotros siempre hemos tenido la puerta abierta para cualquier raizal. A nuestras reuniones puede llegar cualquier raizal. Nuestras reuniones son más asambleas públicas que cualquier otra cosa. No rechazamos la visita ni la participación de ningún raizal. Algunos de nuestros compañeros de ayer disienten mucho de nuestros planteamientos de hoy. Algunos de ellos, que compartían el reclamo de autonomía e independencia, ya no lo comparten. No tienen similares planteamientos frente a la situación real.

Le hemos brindado un apoyo muy fuerte a la administración del gobernador Ralph Newball. Pero no es un soporte ciego. La perspectiva es la de apoyarlo para que pueda gobernar, pero nosotros no podemos taparnos los ojos y no ver si el gobernador, quiera Dios que no, comete errores. El apoyo debe ser para que haga cosas socialmente beneficiosas para la comunidad: que gobierne para todos, ese es el planteamiento. Conocemos la presión de muchas personas acá que le solicitan al presidente de la república remover al gobernador de su cargo. A Bogotá fue una comisión para solicitar la remoción de gobernador, una comisión de continentales y de nativos, porque en la viña del señor hay de todo. Y eso no lo vamos a permitir dentro de las normas democráticas ¿no es cierto? Nosotros no podríamos permitir eso nunca.

Nosotros tenemos una plataforma y lo que estamos diciendo es de público conocimiento: la territorialidad, la autonomía, la participación. Pero hay gente en el movimiento que está a favor de la independencia. Eso no se puede tapar. Es manifiesto. La autonomía es la primera opción. El Estado colombiano no quiere autonomías en su territorio, pero parece que va a tener que ir hacia allá, porque no tiene otra opción. Y sería mejor para el Estado, porque autonomía no es secesión. Autonomía es solamente que el Estado central pierda fuerza sobre las regiones. No más. No tendría tanto poder de decisión. Se trataría de volver algo parecido al Estado federal del siglo XIX.

Puede ser que algunos tengan interés en pertenecer a Estados Unidos porque se trata de una potencia mundial. Muchos piensan en Canadá mucho más que en Estados Unidos, por tratarse de un país menos racista. Yo no. El que tiene que

interesarse por nuestro destino somos nosotros mismos. La autonomía, para mí, no tendría nada que ver con Estados Unidos, absolutamente nada. Ni con ningún otro país. Claro, si se logra la autonomía –y esperamos que sí– pueden surgir convenios con cualquier país del mundo, sin necesidad de recurrir a esa idea de protectorado. La gente no está buscando protección, lo que quiere la gente es la posibilidad de tener su propia expresión. Esta lucha es entre el Estado colombiano y nosotros.

Solicitudes de apoyo internacional

A las Naciones Unidas les pedimos revisar la situación. Todavía no le hemos presentado una queja fuerte sobre el comportamiento del Estado frente al territorio de San Andrés partiendo desde 1802, pero sí lo vamos a hacer. Se denunciará la manera como se han manejado los tratados internacionales en relación con la población, como el Tratado Esguerra-Bárcenas, o el más reciente, López - Ramírez, y la ratificación con Pastrana, y se analizará cómo ha sido todo el manejo de nuestra territorialidad.

El papel de la comisión de isleños en Ginebra es el de poner en conocimiento del grupo de trabajo de la subcomisión de derechos humanos de Naciones Unidas los problemas históricos, sociales y económicos que padecen los isleños, producto de la discriminación. Porque la discriminación no se limita solamente al rechazo que puedan sufrir algunos individuos por la diferente pigmentación de su piel. Va mucho más allá. Se expresa en todo un contexto social y económico. Tiene que ver con el hecho de no dar posibilidades o instrumentos para que un grupo étnico se desarrolle en igualdad de condiciones con la mayoría.

Según las Naciones Unidas se debe permitir la participación del grupo nativo en las decisiones que se toman sobre su territorio, sobre el pueblo, sobre la comunidad, a nivel del alto gobierno. Pero cuando se toman decisiones en Bogotá, no las consultan con nadie de San Andrés. Simplemente, se toman, ¡y ya! Con los indígenas sucede lo mismo. Fíjese usted que, a pesar de la legislación sobre los indígenas, la ley 21 del 91, los U'was tienen un gran problema con la explotación de su territorio. Por fortuna, eso ya se

está discutiendo a nivel internacional. En relación con nuestro territorio, el Estado lo ha ido regalando a lo largo de la historia. Claro está que existen normas internacionales sobre plataformas marinas de 200 millas, pero frente a eso el Estado no consulta absolutamente nada con su pueblo.

También hay organismos internacionales interesados en tomar el caso de San Andrés ante las Naciones Unidas. Ustedes saben que existen entidades de derechos humanos y muchas otras instituciones internacionales que trabajaron en los años setenta a favor de la descolonización de los pueblos, y que hoy promueven el reconocimiento de los derechos de los grupos étnicos. En Europa y Estados Unidos hay instituciones que luchan por adquirir fama, y que tienen la capacidad, tanto logística como académica, para llevar adelante estas luchas de los pueblos. Algunas son financiadas por millonarios. Es el caso, por ejemplo, de la Fundación Ford, que está apoyando la conferencia mundial contra el racismo, a la que yo estaba invitado pero no pude ir.

La demanda de Nicaragua

Tengo toda la información de Nicaragua frente al reclamo de territorio. Puede que tengan razón o que no la tengan, y que eso sea como para distraer a la gente. Nicaragua siempre ha dicho que el tratado tiene falencias y que ese problema lo ventilará en la corte internacional, no por las armas. Y Colombia ha creado una falsa información en el sentido de que Nicaragua atacaría a

San Andrés. Si Nicaragua hubiera querido hacer eso, lo habría hecho hace mucho tiempo, en la época del comandante Ortega. ¿Quién lo habría podido detener, con el ejército y las armas que tenía? En doce horas se habría tomado todo San Andrés, y Colombia no hubiera podido entrar.

El problema es que Bogotá no consulta con la comunidad los asuntos que la afectan. Por ejemplo, el movimiento ha criticado el tratado de fronteras marítimas con Honduras, que el Congreso ratificó en el 2000. Una de las críticas principales se debe precisamente a la falta de consulta previa a la población de las islas. Es que esta población, histórica y ancestralmente, ha poseído esos espacios para su supervivencia. Y la convención de Ginebra del 86 es muy clara en casos como éste. En su artículo cuarto dice que los miembros de una comunidad de carácter étnico, que han vivido en un territorio, son los que tienen el derecho de explotar sus recursos y quienes deben decidir sobre las políticas territoriales. Entonces, el Estado está regalando espacios que la gente ha explotado histórica y ancestralmente. Y lo ha hecho sin consultarlo con el pueblo. Si el presidente hubiera llegado acá y le hubiera explicado a la gente las cosas, y hubiera dicho: es una necesidad de la política internacional, yo creo que la gente no hubiera puesto objeciones. Pero él ni siquiera mencionó el asunto. Vino aquí, habló con nosotros y no dijo nada de la ratificación del tratado. Nosotros tuvimos que preguntarle a ese respecto. No sé qué posición tomaron allá los representantes del archipiélago.

Algunos días después de la entrevista, el periodista visitó la casa de la familia y nos contó de ese Altercado entre padres y abuelos.

«Yo no sé cuánto miente hasta qué le tocó bajar de su vida. Pero adentrémonos un poco en mi historia y mi mirada de la isla.

Estudio y religión: rebeldía y discriminación

A los seis meses de nacida me bautizaron como católica, y el padre Carlos –uno de los capuchinos– decía que no podía aceptar que mi nombre fuera Hazel. Mi abuela, que era rebelde, dijo que mi nombre se escribiría así y solo le añadió María. Por supuesto se todos los libros del colegio

se me bautizó como Hazel. Con los adventistas decían que yo era un mal cristiano. Para también describir con formas de discriminación. Si en el colegio católico daban preferencia por las niñas de raza blanca, en el adventista la preferencia era por las más pueras. Cambió la cosa, eso daba privilegios. Caso en Macarao la educación era con adventistas en enseñanzas. Recuperé mi nombre, aunque tuve problemas con los certificados en donde aparecía como Hazel. A media terminé el bachillerato en Barranquilla, en el Instituto Técnico Comercial.

Mi papá, que era simpatico de los adventistas, decidió que yo tenía que ir a la universidad en Jamaica pero yo no quería. Me era una discriminación.